

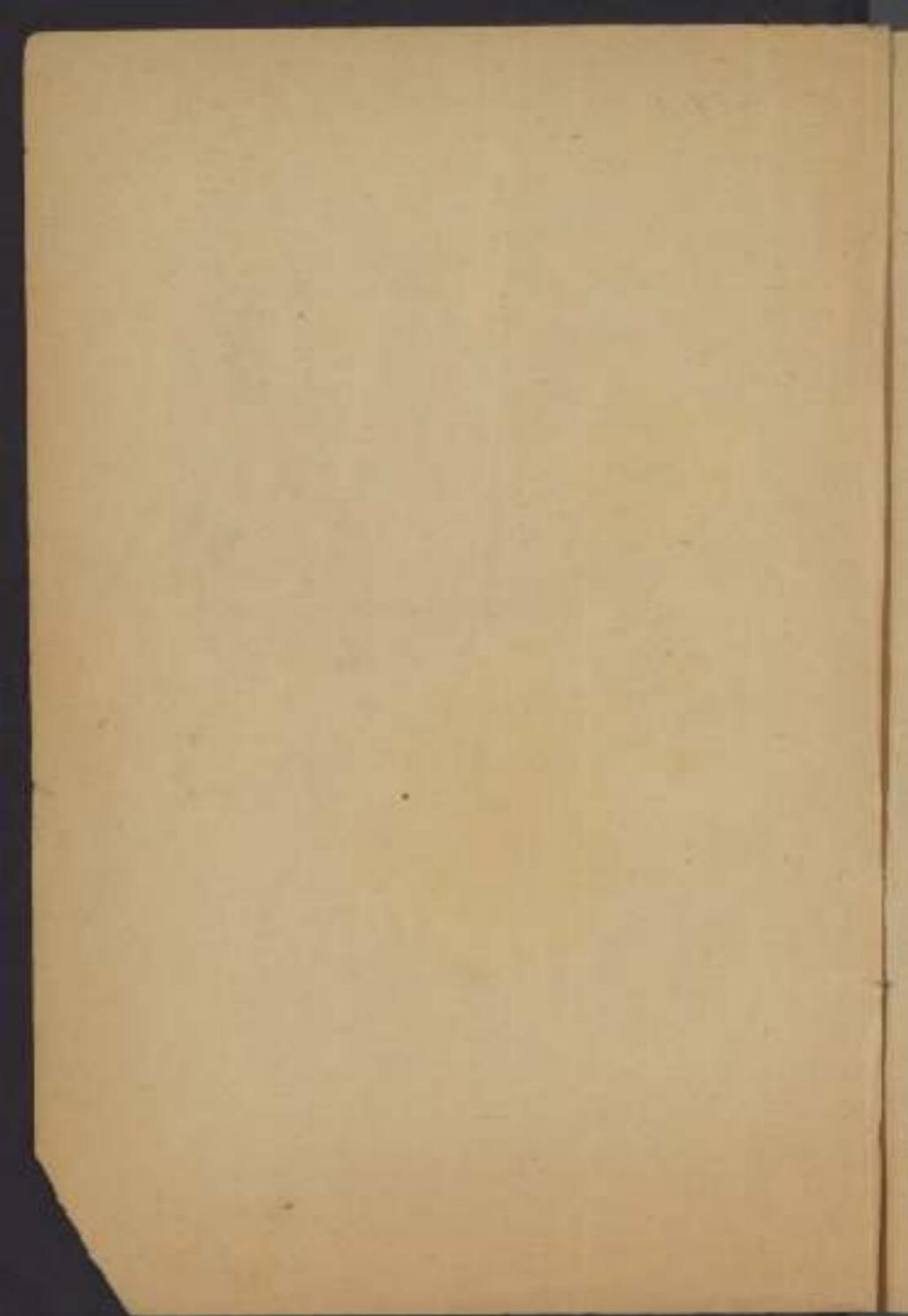
SELECCION
FILMS DE AMOR



Noche de
gran ciudad

Jacqueline Francell
Roger Tréville

50
cts.



SELECCIÓN FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL

NUEVA
COLECCIÓN

Redacción, Administración y Talleres:
Fabra, 234-Apartado 707-Tel. 2857-Barcelona

"ALAS"

PUBLICACIÓN
QUINCENAL

Agente de ventas: Sdeñ. Graf. Española de Librería, Barbak, 14 y 16-Barcelona

AÑO 11

NÚM. 13

Noche de gran Ciudad

Creación de

*Jacqueline
Francell*

El misterio más grande de una gran ciudad en su noche. En su negro se cometen crímenes, robos, seducciones y es también la noche de gran ciudad, la que más coquetea con las vidas. Sus luces cegadoras atraen y fascinan a miles de inocentes criaturas y los lleva en un delirio inconsciente, en busca de la gloria, de la aventura... del amor.

NOCHE DE GRAN CIUDAD es la novela vivida de una de esas pobres criaturas que alzó sobre sus ojos el reflejo cegador de sus luces y que como mariposa corrió hacia ella, sin pensar si al acercarse sus alas purísimas podían quemarse.

EXCLUSIVAS
FILMOFONO
C. Rosellón, 238
BARCELONA

I N T Ê R P R E T E S

Madeline Duchanel . . . ЖЕКОУЛИКЕ УКАНСЕА
François Verneuil . . . Roger Truille

Novelada por

M. OTEIN

NOCHE DE GRAN CIUDAD

ARGUMENTO DE
DICHA PELÍCULA

EN POS DE LA GLORIA

Madeleine Duchanel tenía solamente diecinueve años, pero a pesar de su corta edad sentía el ansia de vivir plenamente una vida completamente suya. Huérfana de padres, había sido encerrada en un internado de provincia y la muchacha sentía sobre su alma la rigidez de aquella disciplina, con la misma fuerza que si hubiera estado condenada a varios años de cárcel.

Su alma ingenua, pero ansiosa de vida, luchaba con el deseo de huir de aquel colegio, de correr a París, a la gran ciudad que parecía abrirle sus brazos, invitándola con coqueta sonrisa a ir a ella y sentía también sobre sus ojitos bellos ese brillo cegador que despiden las grandes luminarias de los anuncios teatrales.

Sentía el deseo de llegar a ser una de aquellas celebridades que tantas veces había leído en los periódicos, ansiaba el verse aclamada por los públicos, sentirse agasajada, mimada y que su nombre corriese por todos los ámbitos de la tierra como un símbolo de arte supremo.

En su corazoncito no tenía cabida otro sentimiento que aquel amor incontenible que sentía por el arte. Ser estrella de uno de los grandes teatros de París era su sueño dorado, y dentro de su deliciosa ingenuidad, creía que no le sería suficiente el conseguir su sueño dorado.

Tenía en su haber para llegar a este pináculo de la gloria su voz deliciosa. Ella había cantado muchas veces en reuniones familiares y cuantos la oyeron no se recataron en decirle

que era una voz admirable la suya. Y por lo mismo, Madeleine se decía que era una injusticia el estar encerrada en aquel pensionado pudiendo triunfar en la gran ciudad y conquistar un nombre que la llevase a su celebridad.

Pero los días iban pasando y Madeleine seguía encerrada en aquel establecimiento donde la había llevado su tío y seguía también recibiendo, casi a diario, las reprimendas de la directora.

Su espíritu inquieto, verdaderamente travieso, su decisión a todas las locuras imaginables, le había ocasionado más de un serio disgusto y al mismo tiempo la había hecho sobresalir entre todas sus compañeras, que admiraban su carácter decidido, al mismo tiempo que sentían por ella una gran predilección.

Pero a medida que transcurrían los días, Madeleine sentía con más fuerza aquel deseo de huir, se había convertido ya en una fuerza imperiosa que la impulsaba a ello y así se lo comunicó a varias compañeras suyas con las que tenía más intimidad.

Ella expuso sus ilusiones, su seguridad en llegar a ser una gran estrella tan pronto como llegara a París y sus amigas la oían extasiadas, convencidas de que cuanto decía Madeleine llegaría a realizarse.

Sus compañeras y la noche fueron sus cómplices y al día siguiente de su huida fué cuando en el colegio se dieron cuenta de que la peloma había huido.

Con su maletita y cargada de sus ilusiones, Madeleine se dirigió a París. Ni la menor inquietud agitaba su alma, iba segura de su triunfo y en este estado todo lo veía de color de rosa. Imaginativamente se pensaba en la alegría que recibirían sus compañeras cuando la viesen anunciada en los periódicos, cuando viesen su fotografía publicada por los grandes rotativos y cuando tuvieran noticias de sus triunfos.

Y al mismo tiempo que este pensamiento acudía a su mente, pensaba también en el asombro que habría expresado el rostro, siempre rígido, siempre inalterable, de la profesora cuando supiese su huida. Pero ella iba alegre, optimista, confiada en su valer... ¿Quién a los diecinueve años puede ver la vida de otro color que no sea el de la ilusión? Y por lo mismo, Madeleine no pensaba en ninguna de las dificultades

que podrían interponerse a la realización de sus deseos, sino que veía el camino llano, espléndido, sin que el menor obstáculo se interpusiese en él.

Llegó a París y sin preocuparse de dónde pasaría la noche se fué directamente al teatro cuyo anuncio le llamó más la atención.

Se acercó a la taquilla, sacó una entrada de general y siempre a cuestras con su maleta se fué a su sitio.

Se representaba aquella noche una revista de gran espectáculo y cuantos habían alrededor de Madeleine no cesaban de hablar de Tonnerre, como si éste fuese el alma del espectáculo.

Aquel nombre quedó grabado en la mente de Madeleine y pensó que con su ayuda podría muy fácilmente conseguir lo que tanto deseaba.

A una señora que estaba junto a ella le preguntó:

—¿Quién es Tonnerre?

—Aquel de allí—le indicó la señora, señalando a uno de los que estaban en el escenario.

Madeleine miró hacia donde le indicaba y vió al lado de un hombre de unos cuarenta años, un muchacho de unos veinticinco. Sonrió satisfecha de la presencia del muchacho y pensó en el día en que ella podría actuar con él.

Cuando terminó el espectáculo, Madeleine se fué directamente hacia una de las agencias de contratación de artistas que había leído en el periódico y el director de la misma al verla, le preguntó:

—¿Qué desea usted?

—Quisiera ser artista—respondió Madeleine tímidamente.

El director de la agencia se la quedó mirando burlonamente y le preguntó de nuevo:

—¿Qué sabe usted hacer?

Madeleine respondió, con igual timidez que antes:

—Sé cantar... Lo he hecho varias veces.

—Pues cante usted algo.

Madeleine comenzó a cantar una de las canciones que ya había cantado en su casa en varias reuniones y el director de la agencia la atajó a la mitad diciéndole:

—Bien, bien... Solamente por quince mil francos quedará usted contratada.

Madeleine abrió desmesuradamente los ojos como si no hubiese entendido bien lo que quería decirle y le preguntó:

—¿Quince mil francos por año?

—No, no, por una sola vez—respondió el director.

La chiquilla no cabía en sí de alegre. Aquello era mucho más de lo que ella hubiera podido soñar. ¡Cobrar quince mil francos en una sola noche! Saltaba alegremente ante la extrañeza del director y al final exclamó:

—¡Oh, qué alegría!... ¡Cobrar quince mil francos de una sola vez!

—No, hijita—la interrumpió el director de la agencia—. Usted no va a cobrar nada. Lo que he querido decirle que tendrá usted que abonarme quince mil francos para lanzarla... Es usted quien tiene que pagar esa cantidad.

Se derrumbaron por completo todas las alegrías de Madeleine. ¡Ella que se había creído todo lo contrario!... Al fin, con gran timidez, le respondió:

—Es que yo no tengo dinero...

El agente se la quedó mirando burlescamente y al fin le dijo, con aire despótico:

—¿Pero qué se imaginaba usted?... Yo tengo a montones artistas que valen, artistas de verdadero talento... Pero el talento sin publicidad no da genios... Hay que interesar, hacer algo para adquirir publicidad...

Madeleine le miraba sin poder comprender lo que aquel hombre quería decirle y éste continuó diciéndole:

—Mate usted a alguien... ¡Cácese con un ministro!... ¡Tírese por la torre Eiffel! Y cuando ya haya hecho algo de esto venga a verme y entonces hablaremos.

Cabizbaja y desilusionada salió Madeleine de la agencia y en la misma puerta se encontró con el mismo joven que había visto trabajar. Sintió una alegría tan grande que no pudo menos que sonreír, lo que llamó la atención de él, hasta el punto de que se acercó a ella diciéndole:

—¿Sabe usted si está el director?

—Acabo de hablar con él—respondió Madeleine.

Y sintiéndose confiada a aquel hombre, por un impulso propio de su corazón, le preguntó a su vez:

—Dígame... ¿es verdad que aquí vienen celebridades y vedettes?

El muchacho la miró sonriendo, y adivinando que se trataba de una pobre muchacha que nada sabía de aquel mundo de artistas, le dijo sonriendo:

—Aquí viene de todo... pero mejor se lo explicaré fuera.

Madeleine, confiada a él, sin el menor presentimiento de que pudiera ocurrirle nada en su compañía, se fué con él hasta un bar próximo y se sentaron junto al mostrador. Un camarero se acercó preguntándoles qué deseaban y él pidió:

—Traiga dos Pernots.

Madeleine dejaba que él actuase como si ella no existiese y al verlo beber hizo lo propio si bien sintió que por su garganta pasaba algo así como un hierro ardiendo.

Casi sin respiración llamó al camarero y le dijo:

—Tráigame un vaso de agua... por favor... Me estoy achicharrando.

Cuando hubo bebido, pensando siempre en que aquel joven era el Tonnerre de quien tanto había oído hablar, le dijo suplicante:

—Maestro, en vuestras manos está mi destino, mi porvenir, mi vida... ¡Todo!... ¡Todo!... Haga algo por mí... ¡Ayúdeme!

El joven la miró extrañado y Madeleine continuó diciéndole:

—No crea que estoy borracha... Nunca he bebido... Tan sólo una vez tomé tres vasitos de esencia de cacao, pero fué una vez nada más... Ahora le hablo normalmente... Yo tenía un miedo horrible a hablarle, pero ya se me ha pasado... Con su protección me contratarán inmediatamente... Ya sé que miles de muchachas le pedirán lo mismo que yo.

El joven se echó a reír y respondió burlesco:

—¡Oja, sí, constantemente!

—Por lo mismo le suplico que no me abandone... Yo no puedo matar a un hombre fácilmente, me repugna la idea de ser una asesina.

El joven cada vez se sentía más extrañado, puesto que lo menos que podía pensar es que aquella deliciosa joven se refería a la conversación que había tenido con el agente teatral. Madeleine, sin darse cuenta de la extrañeza que causaba, siguió diciéndole:

—Además... tampoco puedo casarme con Herriot... ni tirarme desde la torre Eiffel.

—Nada de eso tendrá usted que hacer—replicó el joven—. Yo la ayudaré.

Y recogiendo nuevamente la maleta que no abandonaba un solo instante, se dirigió con su nuevo amigo hacia la casa de éste.

EL COMPASERO DE MADELEINE

Lo que ignoraba Madeleine era que su compañero no era el tal Tonnerre que ella suponía, sino un pobre artista que trabajaba en su mismo teatro y que precisamente aquella noche había sido despedido de la compañía.

François, que así se llamaba el nuevo amigo de Madeleine, era un pobre muchacho tan lleno de ilusiones como la joven, aun cuando ya había empezado a saborear la amargura de aquella vida. Artista por temperamento, no había sido comprendido por nadie de los que le habían visto trabajar, pero no obstante no perdía sus ilusiones ni su optimismo.

Vivía en una buhardilla de un barrio extremo de la ciudad y allí llevó a Madeleine, sintiéndose como la muchacha furtivamente atraído por ella. Quizás por ser igual la situación de los dos era por lo que mutuamente empezaban a sentirse ligados por unos lazos que ellos no se daban todavía cuenta del sentimiento que los inspiraban.

Una vez que estuvieron en la casa de François, éste le preguntó:

—¿Qué es lo que quería usted de mí?

—Enseñarle lo que sé hacer—respondió Madeleine con cierta encantadora timidez.

François se acercó a ella y le quitó el maletín, que puso sobre una silla, diciéndole:

—¿No se separa usted nunca del maletín?... ¿Por qué no lo deja en el hotel?

—Porque no tengo hotel—respondió la muchacha.

—¿Ni restaurante?—le preguntó François.

—Tampoco—respondió ella, medio avergonzada.

—Entonces se quedará usted a cenar conmigo. Ya verá qué pronto arreglamos una comida.

Y poniéndose en acción, empezó a sacar los fiambres que aun tenía y preparó en unos minutos una mesa. La hizo sentar junto a ella y la invitó a que comiera. Viendo que Madeleine apenas si probaba bocado, le dijo extrañado:

—¿Por qué no come usted?

—Porque quisiera cantarles antes mi canción—le respondió la muchacha.

—Luego cantará todo lo que quiera—le respondió François— Yo mismo la acompañaré al piano.

Y señaló para uno que había en la misma sala.

—Lo primero es comer.

—Es que yo... sabe usted... no puedo comer cuando me miran.

François sonrió al ver la ingenuidad de aquella muchacha y se levantó de su asiento diciéndole:

—Deme la canción y yo la acompañaré.

Mientras iba hacia el piano, Madeleine le explicó:

—Esta canción la canté por primera vez en casa de mi abuela y obtuve un gran éxito... Además solía valsear con mi abuelo y lo hacíamos muy bien.

François se puso a tocar la canción que le había entregado Madeleine y ésta empezó a cantar:

Por más que busco en mis recuerdos,
No hallo emoción en ellos.
A veces, bajito,
soñé con conocer
al galán que me hará estremecer.
Debe ser en verdad delicioso
valsear, valsear con delirio amoroso.
Cuando un galán os estrecha con fuego
debe sentirse una dulce emoción.
De eso, ¡ay!, no sabe nada mi corazón.

Y al son de aquella música, que François siguió tarareando, los dos jóvenes comenzaron a bailar un vals, que resultó

magnífico, hasta el punto de que él exclamó, sin soltarla de entre sus brazos:

—¡Es maravilloso!... ¡Haremos un número magnífico!

—¿Juntos?—preguntó ella sonriendo deliciosamente.

—Claro que sí... Siempre estaremos juntos.

Y sin que se dieran cuenta, el abrazo en que estaban fué estrechándose cada vez más, hasta que sus bocas se juntaron y en sus labios floreció un beso. En aquel mismo instante se abrió la puerta y apareció la amigueta de François, que al ver al joven besando a la muchacha, se puso en jarras y exclamó provocativamente:

—¡Qué poca lacha, hijitos!... ¡Tenéis una frescura de aupa!

Madeleine miró extrañada a aquella mujer que de tan imprevisto entraba y la otra, sin darse cuenta del asombro de la que creía nueva conquista de su novio, siguió diciéndole:

—Para dármele a mí tendréis que echar tinta.

—Escucha, Julieta—intervino François para evitar una escena desagradable.

Pero Julieta, sin atenerse a la súplica de su amigo, se encaró con Madeleine y mirándola amenazadoramente le preguntó:

—¿De dónde sales tú, pécora?

—Yo...—respondió tímidamente Madeleine, sin poder acabar la frase ante la actitud de Julieta, que la atajó diciéndole:

—¡Cállate, que te voy a sacar los ojos!

François medió nuevamente y encarándose con su amante le dijo enérgicamente:

—Te digo que la dejes en paz.

—Lo que la voy a dejar es sin huesos—insistió provocativa Julieta.

Madeleine comprendió que estaba de más en aquella casa y sin que François lo advirtiera, por estar riñendo con su amante, tiró por la ventana la muleta y el sombrero que se había quitado, que fueron a caer al río que pasaba por debajo. Decidida a no estar más al lado de aquella mujer, que sin duda sería la esposa de su amigo, salió de la casa, seguida de François, que le gritaba:

—Madeleine... ¡Por Dios!... ¡No se vaya!

La joven corría escaleras abajo, mientras que desde lo alto del piso, Julieta llamaba a su amante diciéndole:

—François, ven... Mira que me tiro de cabeza al río.

De sobras sabía François que no era capaz de hacer aquello y siguió detrás de Madeleine, diciéndole:

—Oígame, por Dios... Yo no puedo dejarla sola a estas horas de la noche... Yo le explicaré todo.

—No necesito ninguna explicación—respondió Madeleine, siguiendo su camino sin detenerse.

Al fin, Madeleine consiguió despistar a François y se sentó en un banco público dispuesta a pasar allí la noche.

Verdaderamente su situación era bien diferente a la que ella se había pensado. Aquel banco no era ciertamente el mullido lecho donde ella creyó poder reposar después de las emociones de una noche de triunfo. Pero como no tenía otro, tuvo que conformarse con el que el Destino le deparaba.

Mientras estaba sentada le sorprendió ver a otras mujeres que cruzaban por la calle llamando a cuantos transeuntes se les ocurría pasar por allí. Erau mujeres pintarrajeadas y en sus rostros parecían llevar impreso el sello del vicio que iba minando sus cuerpos.

A los pocos minutos de estar allí sentada, se le acercaron unos guardias y la llamaron, diciéndole:

—Tiene que levantarse... ¡Aquí no se puede dormir!

Madeleine, que temía a los guardias, por si la detenían a causa de su escapatoria del colegio, echó a correr y al doblar una esquina sintió que un hombre la detenía fuertemente diciéndole:

—¿Dónde vas tan a prisa, paloma?

Madeleine se le quedó mirando angustiada y respondió:

—¡Suélteme!... ¡La policía!

El que la había detenido, que era precisamente un hampon, al oír que se trataba de la policía echó a correr dando el grito de alarma a todos sus compañeros que merodeaban por aquellos contornos.

No tardó cinco minutos sin que por todas partes cundiese

la voz de «¡Policías!», y los truhanes corrían desesperadamente creyendo que se trataba de una batida de los agentes.

Varios guardias del barrio, al ver la desbandada de los tahores, presintieron que éstos debían preparar algún golpe y avisaron a sus compañeros por teléfono, diciéndoles:

—Parece que hay lío en el barrio... Esta gente debe preparar un golpe... Enviad refuerzos en seguida... Sería conveniente hacer una redada.

En aquella furia de ponerse todos a salvo, Madeleine aceptó a pasar cerca de un coche en cuyo interior había una mujer y al poco entró también un hombre que salía de un establecimiento de joyería que había enfrente. El individuo entregó un paquete a la mujer que lo aguardaba y ésta, dándose cuenta de que la joven estaba mirando, le entregó un objeto precipitadamente, diciéndole:

—Gracias, nos has salvado... Toma este regalito para ti.

Apenas había desaparecido el coche y Madeleine se había ocultado tras una esquina, apareció el coche de los agentes y empezaron a realizar detenciones. Pero lo más gracioso del caso es que François, que había estado buscando a la joven por todo el barrio, fué también detenido, como si se tratara de un malcoante, y por más que protestó fué detenido con ellos.

NUEVAS AMISTADES

Madeleine, después de haber visto cómo se llevaban detenidos a todos aquellos hombres y mujeres, sintió un pánico horrible por lo que a ella le pudiera suceder si la policía la encontraba en la calle. Comprendió que tenía necesidad de buscar un refugio y con este pensamiento se dirigió a una fonda, cuyo letrero luminoso y de apariencia miserable, le indicaba que allí había camas y cuartos para dormir.

Timidamente abrió la puerta de la casa y se encontró en una sala pobremente arreglada. Las apariencias de aquella casa no podían suscitar más sospechas, pero Madeleine, al ver a una mujer que acudía a ella, sintió cierta esperanza y se acercó diciéndole:

—¿Hay un cuarto libre?

—Lo hay—le respondió la patrona de la fonda—. ¿Vienes sola?

—Sí—respondió humildemente Madeleine.

—Entonces tendrás que pagar por adelantado... Las mujeres que no vienen acompañadas tienen que pagar el importe antes de dormir.

—Es que... yo no tengo dinero—replicó tristemente Madeleine.

—¿Y qué quieres que yo haga?—exclamó airadamente la patrona—. Si no lo tienes, búscalo, y cuando lo hayas encontrado, ven.

—No tengo dinero, pero puedo dar una garantía—respondió Madeleine, acordándose del regalo que le había hecho la señora del auto.

—¿A ver?... ¿Qué garantía es ésa?—preguntó la patrona.

Madeleine sacó el objeto que le había entregado la desconocida y que era un pendentif y se lo entregó a la patrona, que después de mirarlo detenidamente, se acercó al pie de una escalera y gritó:

—¡Pepito!... ¡Rosignol!... ¡Ven!

Segundos después apareció el tal Rosignol. Era un tipo grotesco, alto, enjuto, se contoneaba al andar y se recreaba en su figura como si fuese un Adonis. Cuando vio a la muchacha se la quedó mirando fijamente y le preguntó:

—¿Qué hay, guapa?... ¿Es por mí por quien preguntas?

Pepito había salido también al requerimiento de la patrona y al ver a Madeleine se le acercó jactanciosamente. Este individuo era el contratipo de su anterior compañero. Todo lo que aquél tenía de alto, lo tenía éste de bajo y entre los dos parecían como si uno fuese la prolongación del otro. La patrona, al ver que no dejaban de mirar a la muchacha, le dijo a Rosignol, de mal humor:

—No os he llamado para eso, sino para que mireis esto a ver si es bueno o falso.

Rosignol cogió el pendiente que le entregaba la patrona y exclamó examinándolo detenidamente:

—Ya sabes que ésta es mi especialidad.

Y después de un pequeño examen siguió diciendo:

—No puede ser mejor... ¿Le ha costado mucho?

—No lo he comprado—declaró Madeleine ingenuamente.

Rosignol la miró sonriente y adivinando la procedencia de aquella joya le dijo picarecamente:

—¡Ya decía yo...!

La patrona, ante la seguridad de que el objeto era bueno, lo admitió como garantía y le dijo a la muchacha:

—Sabe al número 7.

Pero Rosignol se interpuso entre ella y la escalera y sonriéndole lo más amablemente posible, le dijo:

—Buenas noches, colega, y permítame presentarme: yo soy Rosignol, apodado el «Ardilla», y mi especialidad son las alhajas... ¿No tiene usted miedo de dormir sola?

—No—respondió Madeleine, empezando a subir—. Siempre he dormido sola.

Y sin escuchar a más, se fué hacia la habitación número 9, mientras que Pepito se encaraba con su compañero y le decía indignado:

—Rosignol... Yo creí que no le gustaban a usted las morenas sentimentales.

—Eso mismo me pareció ver en usted—respondió el otro.

—Lo mejor será que lo arreglemos como «gentleman»—propuso Pepito.

Y mientras los dos hombres parecían decidir de la suerte de Madeleine como si en todo ello no tuviera que intervenir para nada la voluntad de la joven, ésta, arrojada sobre el camastro que había en su cuarto, lloraba amargamente. El llanto de Madeleine hizo que varios de los que dormían se despertasen y ante la insistencia del lloriqueo fueron al cuarto de Madeleine, creyendo que se trataba de alguna pareja a la que él le estaba «zurrando la badana». Pero al ver que era una chica sola, uno de los huéspedes le gritó indignado:

—¿Por qué lloras de esa manera, idiota?

Madeleine levantó la cabeza y se vió rodeada de hombres

y mujeres de diferentes cataduras, sin que ninguno de ellos le inspirara la menor confianza. El que primeramente le había hablado volvió a hacerle la misma pregunta, y Madeleine continuó su silencio, aun cuando se levantó del camastro y se puso en guardia, temiendo un oculto peligro.

Desde luego no eran nada tranquilizadores los rostros de ninguno de los que la rodeaban y Madeleine sintió el miedo natural de verse sola y a merced de toda aquella gente a quien no conocía.

Algunos hombres fueron acercándose a ella y la muchacha cada vez más atemorizada empezó a retroceder, comprendiendo que de ninguno de los que allí había podía esperar la menor ayuda.

—No te asustes, preciosa—le dijo uno de ellos—. ¿No ves que todos somos buenos camaradas?

—Dinos lo que te pasa—preguntó otro de ellos.

Madeleine callaba sin atreverse a responder. Su situación aparecía cada vez más crítica y el mismo temor la hacía permanecer en aquel silencio.

—¿Te has vuelto muda?—le dijo el que primeramente había entrado incomodado por su llanto—. Pues antes bien que chillabas llorando.

Madeleine le dirigió una mirada, como implorando que nada le luciesen y el individuo en cuestión prosiguió diciéndole:

—Ten confianza en nosotros y dinos lo que te ocurre.

—Serán cuestiones amorosas—exclamó una de las mujeres que formaban el grupo.

Madeleine volvió la vista hacia ella y la risa burlona de aquella mujer tampoco le mereció ninguna confianza. Continuó en su silencio y los que se hallaban presentes empezaron a manifestar su impaciencia.

—Me parece—exclamó otro de los que habían entrado en la habitación de la joven—que esta palomita nos quiere gastar una broma.

—Pues sí que ha estado la noche para que nos vengan con tomaduras de pelo—replicó otra de las mujeres, acordándose del copo que había hecho la policía.

—Ya podías haber elegido otro día mejor—exclamó una tercera.

Madeleine advertía el ambiente hostil que se estaba formando en torno de ella y, sin poderse contener, se echó a llorar nuevamente y exclamó dolorosamente:

—Es que... es que soy muy desgraciada...

—Por fin has hablado, hija mía—le dijo una vieja comadróna.

Y otra de las presentes que desde un principio había creído adivinar la causa se volvió hacia los del grupo y les dijo:

—No os decía yo que serían cuestiones amorosas... ¿Te ha sacarıciado tu hombre?

—¿Cómo?—preguntó Madeleine que no entendía aquel lenguaje.

—¿Que si te ha teclado?—le preguntó nuevamente, haciendo la acción de pegar.

Madeleine movió la cabeza negativamente y entre sollozos respondió con infinita tristeza:

—No me ha pegado nadie, pero ha sido peor todavía... Mucho peor... Me he quedado sola... muy sola...

—¿Te ha dejado tu amante?—le preguntó una de las mujeres que habían llegado a la habitación—. No te apures, mujer. Esto ocurre con frecuencia en París.

—¡París!—exclamó con rabia Madeleine—. Precisamente París me hace llorar... ¡Es una ciudad horrible!

Rosignol se acercó a ella y le dijo amigablemente:

—No lo creas... Todavía las hay peores.

—¿Peores?—preguntó dudando la joven—. Ni siquiera me han dejado un camisón.

Una mujer soltó una gran carcajada al oír la exclamación de aquella forma y le dijo burlescamente:

—Amos, anda... ¿Qué quieres decir con que no tienes camisón?

—Pues que lo he perdido todo... No tengo maleta, ni abrigo, ni sombrero, ni siquiera cepillo para los dientes.

Rosignol, que empezó a interesarse por la muchacha y que era quien murgoneaba a toda aquella gente, se abrió paso a codazos y acercándose a Madeleine le preguntó:

—¿Pues dónde están tus cosas?

—El ha tenido la culpa de todo—repitió entre lágrimas la muchacha—. Primero fué muy amable conmigo... hasta me invitó a comer salchichón. Luego...



- Hola, René!



Aquella noche fui al teatro.



- ¡Un vaso de agua!



- ¡Ha sido tan bueno conmigo!





-¿Por qué no come usted?



-¿Qué le estáis diciendo?



-Pero, ¿No es usted Tonnerre?



-¿No tiene mujer?



—¿Luego, qué?—preguntaron al mismo tiempo varios hombres.

—Pues luego me besó y me ha dejado hasta sin maleta.

Rosignol se volvió indignado hacia sus compañeros y como quien acusa de una falta imperdonable, les dijo:

—¿Habéis oído? A este «gorrión» le han «limpiado» su ajuar.

—¿Quién ha sido?—preguntó otro, compartiendo la indignación de Rosignol.

—¿Quién ha dado el «golpe»?—preguntó con igual indignación Pepito.

—Ha sido Tonnerre—respondió la muchacha—, pero no le hagáis nada malo.

Pero aquellos truhanes estaban decididos a amparar a la muchacha. Madeleine había conseguido imponerse con su encanto y su ingenuidad y todos se hallaban dispuestos a hacer algo para que la muchacha recobrase su ajuar y el tal Tonnerre cumpliera con ella como un caballero.

Conocían de nombre y hasta de haberlo visto trabajar, al célebre cantante y estaban seguros de conseguir su objeto, haciendo que aquél restituyese lo que no le pertenecía.

Pero mientras esto ocurría en París, en el pensionado donde había estado Madeleine, al notarse su desaparición se había dado cuenta inmediata a sus tíos, que corrieron para saber a qué se debía aquella fuga.

La directora reunió a todas las alumnas y, colocándolas en fila, les preguntó:

—¿Saben ustedes dónde está Madeleine?

Algunas de las alumnas, que habían tenido noticias de Madeleine y sabían por ésta su amistad y casi sus relaciones con el famoso cantante Tonnerre, guardaron el más profundo silencio, y la directora les volvió a preguntar severamente:

—¿No quieren decir dónde está Madeleine?

El mismo silencio que antes siguió a estas palabras, y entonces la directora, sentándose frente a ellas, abrió un periódico y les dijo:

—Tienen diez minutos para pensarlo. Si no contestan, serán todas castigadas.

Se puso a leer para dar lugar a que transcurrieran los minutos que había marcado como plazo para imponer el

castigo, y algunas de las alumnas vieron una fotografía en el diario que les llamó la atención.

Institivamente fueron acercándose para leer lo que decía el pie de la fotografía y vieron a un hombre de unos cuarenta y cinco años rodeado de varios pequeños y de una señora. Leyeron la inscripción, que decía: «El célebre cantante Tonnerre rodeado de su familia», y lanzaron un grito de extrañeza.

—¿Qué ocurre?—preguntó la directora asustada.

—¡La han engañado!—exclamó una de las alumnas.

—¡Está casado!—replicó otra.

—Pero, ¿qué es lo que dicen?—preguntó, cada vez más extrañada, la directora.

Las alumnas le explicaron que aquel Tonnerre era un seductor que había engañado miserablemente a Madeleine, y sus tíos salieron inmediatamente del pensionado para ir en busca de su sobrina a casa de aquel cantante.

Al día siguiente de la estancia de Madeleine entre aquellos huéspedes, se hallaba Tonnerre en su casa cuando se presentó un criado llevándole una tarjeta en que leyó:

«Rosignol, joyero. Barón Pepito Durán, aristócrata. Bacroft, director.»

Como no conocía a ninguno de estos tres personajes, le dijo a su esposa:

—Voy a ver qué es lo que quieren estos tres sujetos.

Salió al recibidor y allí se encontró con los que habían anunciado su visita. Rosignol fué el que tomó primeramente la palabra y empezó diciéndole:

—Venimos con una misión de honor.

—Pues heme aquí, señores—respondió Tonnerre, que era un tipo ridículo y fatoso.

—Pues venimos en nombre y a petición de nuestra... de nuestra... acusada—volvió a decir Rosignol.

Pepito Durán, al ver que su compañero no se expresaba en términos propios y tal como debía, le atajó, diciéndole al cantante:

—Mi compañero ha querido decir, señor mío, que venimos en nombre de nuestra mandataria.

Bacroft, el otro compañero, que no estaba acostumbrado

a tanta finura y que al pan le llamaba pan y al vino, vino, se interpuso entre los dos y exclamó:

—Bueno, basta de monsergas... ¡Devuelva usted el ajuar!

—¿Qué ajuar?—preguntó extrañado el cantante.

—Mire—volvió a decirle Bacroft—. No se haga el olivas y acabe pronto.

—Claro, hombre—exclamó Rosignol—. Devuelva la maleta, el abrigo y el sombrero.

—Y el cepillo de los dientes—terminó diciendo Durán.

Tonnerre se sintió indignado ante lo que él supuso que era una burla y les dijo iracundo:

—¿Se están mofando de mí?

—Pero, ¿qué pasa?—preguntó la señora de Tonnerre, que salió en aquel instante al oír los gritos de su marido.

—Pues nada—respondió Bacroft—, sencillamente, que venimos a buscar las cosas de la chica que este individuo engañó primero y luego la dejó porque llegó la otra socia.

—¡Yo te juro que no sé nada de eso!—exclamó Tonnerre, temiendo a las iras de su esposa más que a la de los tres amigos—. ¡Esto es un chantaje!

Rosignol pensó vengarse de alguna forma del cantante y llamó a sus dos amigos, diciéndoles:

—Está bien, dejémosle en paz, pero ya le daremos para el pelo, en la primera ocasión.

Mientras que Tonnerre hacía esfuerzos para convencer a su esposa de que nada sabía de lo que aquellos individuos pretendían, los tres amigos salieron de la casa dispuestos a vengar la ofensa inferida a la pequeña Madeleine.

¿CRIMEN O SUICIDIO?

Esta era la duda que tenía la policía acerca de los objetos encontrados en el río y que pertenecían a Madeleine. A la mañana siguiente, varios agentes habían descubierto la maleta, el abrigo y el sombrero de la pequeña y lo entregaron

a la jefatura de policía, ante el temor de que pudiera ser algún crimen cometido la noche anterior.

También fué conducido a la Jefatura de Policía François tan pronto como pudo acreditar su personalidad y explicar el motivo por el cual se hallaba en aquellos lugares cuando la policía dió la batida.

Mas al ver el joven sobre la mesa del inspector el abrigo y el sombrero de Madeleine los reconoció inmediatamente y preguntó:

—¿Dónde está la propietaria de todo esto?

—¿Reconoce estas cosas?—preguntó a su vez el inspector.

—Sí—respondió François—, pero, ¿de dónde lo han sacado?

—Se han encontrado en el canal de San Martín—le respondió el inspector.

François se llevó la mano a la frente y exclamó con desaliento:

—¡Se ha suicidado!

—¿Sabía usted cómo se llamaba la interfecta?—inquirió el inspector.

—Sí, se llamaba Madeleine Duchanel... Hacía poco que había llegado a París.

Y aquellas manifestaciones de François fueron las que aquella misma tarde publicó la prensa como un suceso sensacional. Los vendedores de periódicos corrieron por las calles de París voceando el sensacional suceso y gritando:

«Una joven y bella provinciana
se ha suicidado esta mañana.»

Otro:

«Un destino fatal.
La camisa en el canal.»

Otro:

«París siempre tan cruel.
La muerte de Madeleine Duchanel.»

Hasta la agencia artística llegó la noticia de la muerte de Madeleine Duchanel, y el agente sonrió, seguro de que todo se trataba de un truco publicitario que la pequeña había empleado para hacerse a sí misma la reclame.

También en la casa donde se hospedaba Madeleine se ha-

llaba en plena agitación. Todos los tahures se habían reunido para deliberar sobre un asunto de importante trascendencia. Se trataba de ver la manera de poder vengarse de Tonnerre. Rosignol dió cuenta de la entrevista tenida con él y a la que asistió su esposa, y Madeleine quedó más convencida todavía de que había sido miserablemente engañada por aquel hombre, que, además, le era infiel a su misma esposa.

—¿Ea guspa su mujer?—preguntó uno de ellos.

—No vale ni la pena de mirarla—respondió Pepito—. Yo creo que lo mejor es que le quitemos algo de la casa.

Bacroft se opuso, diciéndole:

—No seáis anticuados... ¡Hagamos de gansters! ¡Secuestrémosle la mujer!

—El mismo nos la rogaría—replicó Pepito.

—Pues quitémosle los chicos—propuso otro.

Rosignol, que tenía un corazón que no cabía en el pecho, se impuso inmediatamente y exclamó:

—¡Al que los toque, lo estrangulo! ¡A ese tipo habría que darle una lección como artista!... Se me ocurre una cosa... Ir a la representación de esta noche.

—¡Admirable!—exclamaron todos.

Y tal como lo pensaron lo hicieron, de forma que aquella noche, antes de empezar la función, el teatro estaba abarrotado de público, pero lo más grande del caso es que todo aquel público no había pagado y el empresario no salía de su asombro, sin poder comprender cómo aquellos individuos habían obtenido las localidades.

Poco antes de comenzar la función François llegó al teatro para hacer efectivo el resto del sueldo que había dejado por cobrar, y el cajero, cuando le pagó, le preguntó:

—¿Y qué piensa hacer ahora?

—No lo sé—respondió indiferente François—, pero un artista como yo no pasa nunca apuros... Ya verá cómo me las arreglo.

—Lo único que debe hacer—le recomendó el cajero—, es marcharse antes de que le vea Tonnerre. Está indignadísimo contra usted.

—Me iré, pero antes quiero despedirme de mis compañeros.

Y decidido entró dentro del escenario, en el momento en que comenzaba la representación.

Madeleine se hallaba con sus amigos en un palco y a penas apareció en escena Tonnerre todos aquellos empezaron a tirarle patatas, lechugas y cuanta verdura llevaban oculta, produciendo un espectáculo horroroso.

Para el pobre Tonnerre era aquel el primer descalabro de su vida de artista y no podía comprender a qué se debía aquella actitud del público. No obstante, intentó seguir la representación, pero los ¡fuera! del público eran tan imponentes, que tuvo que retirarse.

François, que presenciaba todo cuanto ocurría, reía a más no poder, al ver la situación que se encontraba el causante de su despido y salió incluso al escenario para hacer más patente su presencia.

Madeleine vió a François, y antes de que éste pudiera seguirla, huyó del teatro, pero no tan rápidamente que el muchacho no pudiera verlo.

Como vió que ella se dirigía a la calle, también se dirigió él, y en la puerta del teatro vió que tomaba un taxi.

Hizo él lo mismo y le dijo al chofer:

—Siga a aquel coche y no lo pierda de vista.

Poco rato después llegaba Madeleine a la casa donde habitaba y encontró allí a dos policías que le dijeron:

—¡Queda usted detenida por ladrona de alhajas!

—¿Que yo he robado?—preguntó extrañada la muchacha.

—Ustedes deben estar equivocados.

—Eso se lo dirá usted al juez—le respondieron los agentes.

—Por lo pronto vendrá usted con nosotros.

Salieron con ella y en el mismo auto, que todavía estaba en la puerta, la metieron para conducirla a la Jefatura.

François, que llegaba en aquel instante, al ver que se llevaban detenida a la muchacha, corrió a prestarle auxilio y le dijo a los agentes:

—¿Por qué detienen a esa señorita?

Porque está acusada de robar joyas.

—¿Eso es imposible!—replicó indignado François—. Yo la conozco.

—Conque usted la conoce, ¿verdad?—preguntó el agente.

—Ya le digo que soy amigo suyo.

—Pues, entonces, venga usted, que también queda detenido.

Y quieras que no tuvo que ir con los agentes a presencia del juez que debía tomarles declaración.

Lo más peregrino del caso es que los tíos de Madeleine, en la seguridad de que su sobrina había sido seducida por aquel Tonnerre se presentaron a la Jefatura de Policía para denunciar el hecho. Allí se enteraron de que la infeliz joven había muerto y todas las pruebas recayeron sobre Tonnerre como único culpable de la muerte de Madeleine.

Precisamente aquella misma noche había sido detenido en el mismo teatro y conducido a presencia del juez que le acusó de asesino, diciéndole:

—¡Usted mató a Madeleine Duchanel!

—¿Que yo he matado... a quién?—preguntó extrañado el cantante.

—¡A Madeleine Duchanel!—insistió el juez.

—Pero si yo no conozco a esa señorita de quien me habla—exclamó Tonnerre.

—¿Conque no conoce usted a Madeleine Duchanel, verdad?

—Le juro a usted que no—volvió a negar el cantante.

El juez se le quedó mirando, y al fin le respondió con burlesca sonrisa:

—Esa negativa es una defensa muy pobre.

—¿Y qué dice usted de esta carta que ella misma escribió?—preguntó el juez enseñándole la que había escrito Madeleine.

Yo no se qué puede ser esto, pero debe haber una confusión.

¿Se obstina en negar todavía?—inquirió el juez.

—Claro que niego. ¡Cómo que yo no he tenido ninguna participación en ese delito, ni siquiera quien pueda ser esa desgraciada señorita.

Mientras tanto François intentaba reconciliarse con Madeleine dentro del coche en el que iban hacia Jefatura y le decía:

—¡Qué alegría, Madeleine, de volverla a ver!

La joven le miró airadamente y le respondió volviéndole la espalda:

—¡Le detesto!

—Pero, escúcheme, Madeleine... Yo debo explicarme.

—No puede usted explicarme nada y le ruego que se calle, señor Tonnerre.

—¿Tonnerre yo?—exclamó François—. Permítame explicarle...

—¡No quiero escucharle!—replicó Madeleine, sin hacerle caso, por más que él pretendía hacerla comprender el error en que estaba tomándose por otro.

La detención de Madeleine, la de Tonnerre, el escándalo del asesinato, todo aquel asunto que aparecía tan complicado dió lugar a que la prensa se ocupase nuevamente de Madeleine y que el nombre de ésta se luciese popular con gran contento del agente artístico, que pensaba que aquella muchacha era mucho más lista de lo que parecía.

LAS COMPLICACIONES DE UNA EQUIVOCACION

Cuando Madeleine y François llegaron a la Jefatura de Policía, todavía estaba el juez tomando declaraciones a Tonnerre, quien al ver a François, intentó abalanzarse sobre él. Los agente tuvieron que detenerle y el juez empezó el interrogatorio de los dos detenidos, preguntándole a la joven:

—¿Cómo se llama usted?

—Madeleine Duchanel—respondió ésta.

—¡Imposible!—exclamó el juez—. Usted no se llama así.

—Sí, señor—respondió la muchacha—. Yo me llamo Madeleine Duchanel.

El juez se la quedó mirando seriamente y exclamó, creyendo que aquella muchacha trataba de bromear con él.

—¡Le advierto que yo no admito bromas!

—Yo no brameo, señor juez—respondió la joven—. Usted me ha preguntado cómo me llamo y yo le he dado mi nombre.

—Pero usted me ha dicho que se llamaba Madeleine Duchanel.

—Así es, en efecto—replicó Madeleine.

—Pues no es verdad—exclamó el juez—. Madeleine Duchanel ha muerto.

—¡Yo estoy viva!—exclamó mirando extrañada al juez.

—No es verdad.

—¿Quiere usted decir, que no estoy viva tampoco?—inquirió Madeleine.

—No, no es eso, he querido decir que la Madeleine Duchanel no está viva.

—Habrà otra Madeleine Duchanel—explicó la joven, creyendo que debería haber alguna confusión de nombre.

—No es eso, sino que usted intenta ocultar su verdadera personalidad. Si no, vamos a ver... ¿Reconoce usted esta carta?

—Sí, señor—respondió la joven viendo que era la misma que ella había escrito.

—Entonces, conocerá usted al señor Tonnerre.

—Claro que le conozco.

—Y el señor Tonnerre es este, ¿verdad?—le preguntó el juez indicándole al cantante.

Madeleine miró al cantante y sin reconocerle, respondió:

—Yo no conozco a este señor.

—Ni yo a la señorita—exclamó Tonnerre.

—Perfectamente—comentó el juez—. Usted no conoce a esta señorita, pero sí conocía a Madeleine Duchanel, lo que quiere decir que usted no es Madeleine Duchanel.

La muchacha estaba desesperada ante la insistencia de aquel hombre en no quererla reconocer como la verdadera Madeleine Duchanel y respondió enérgicamente:

—¡Ya le he dicho que lo soy!

El juez sonrió y siguió diciéndole:

—Es decir, que quiere hacerme creer una cosa por otra. ¡Si sabré yo que usted no es Madeleine Duchanel!

Y volviéndose hacia Tonnerre, le dijo, haciéndose él mismo la pregunta y la respuesta:

—¿Dónde está, pues, Madeleine Duchanel? Pues, Madeleine Duchanel ha muerto asesinada y usted es el asesino.

—¿Entonces, quién soy yo?—preguntó la joven.

—Usted es una vulgar ladronzuela de joyas simplemente, y este señor, o sea el señor Tonnerre, es un asesino.

—Este señor, no es Tonnerre—replicó la muchacha.

El cantante se llevó las manos a la cabeza y exclamó asustado:

—¡Esto ya es el colmo!... ¿Que no soy yo Tonnerre?

—Claro que no lo es usted—respondió Madeleine.

—¿Entonces... quién es Tonnerre?—preguntó el cantante.

—Pues, el otro... El que estuvo conmigo en el auto.

—Pero, ¿es que me quieren ustedes volver loco entre todos?—preguntó el cantante desesperado.

—Aquí, el único que se va a volver loco, si no declaran pronto—exclamó el juez—, voy a ser yo. Ya estoy hecho un lío con Madeleine Duchanel, con la ladrona de joyas, con Tonnerre el asesino y con usted.

—Pues, crea usted lo que le decimos y está todo arreglado—le dijo Tonnerre.

—¡Imposible!—replicó el juez—. La justicia ha de prevalecer por encima de todo.

Llamó a un agente y le ordenó:

—Dígale a ese joven que han sacado de aquí, que pase.

François, a quien habían sacado de la sala para evitar que llegase a las manos con Tonnerre, entró nuevamente y el juez le preguntó:

—Usted puede explicarnos todo este lío que hay aquí?

—Sí, señor—respondió François.

—¡Al fin!—exclamó el juez, sintiendo aliviar su conciencia de una gran carga—. Diga todo lo que sepa.

—Gracias a Dios que me dejan explicar—respondió François.

—Cítase exclusivamente al interrogatorio—le dijo el juez enérgicamente.

—A eso voy—respondió François.

—¿Cómo se llama usted?—le preguntó el juez.

—François Verneuil—respondió el joven.

—¡Miente!—exclamó Madeleine—. Este hombre es Tonnerre.

—¿Que éste es Tonnerre?—preguntó indignado el verdadero Tonnerre.

—Sí, señor—asintió Madeleine—. Lo conozco muy bien.

—Pero, señor mío—intervino desesperado el cantante—, si Tonnerre soy yo.

—Leva razón este hombre—respondió François—. El verdadero Tonnerre es él, yo me llamo François Verneuil, tal como he dicho.

—¿Es verdad eso?—preguntó alegremente Madeleine.

—Claro que es verdad... Si usted me hubiera escuchado...

—Entonces... ¿no tiene usted mujer?

—Ni pizca—respondió sonriendo François.

—¿Ni tampoco tiene hijos?

—¿Cómo los voy a tener?... Ya le he dicho que no tengo mujer.

—¡Oh, qué alegría!—exclamó Madeleine, al mismo tiempo que lo abrazaba sin poderse contener.

El juez miraba extrañado cuanto pasaba a su alrededor y finalmente, viendo que aquel era un lío que no había manera de desenredarlo, dejó a todos en libertad, única forma de no cometer ninguna injusticia.

Desde la misma Jefatura Madeleine se fué a casa de François, después de decirle éste:

—¿Supongo que seguirá usted sin hotel?

Ella sonrió burlescamente y le respondió:

—¿Por qué supone eso?

—Porque en París es muy difícil encontrar un hotel no teniendo dinero—replicó François, acordándose de que la joven le había dicho que no tenía.

Madeleine sonrió de nuevo y mirando fijamente a François, le dijo:

—¿Y si le dijera que tengo un gran hotel, donde no me cobran nada?

—Creería que había descubierto usted un filón—replicó François—. Eso mismo he estado buscando mucho tiempo sin poderlo conseguir.

—Pues yo lo he encontrado en seguida—contestó la joven.

—¿Es el mismo donde la detuvieron?—inquirió François.

—El mismo—respondió Madeleine—. ¿No lo cree confortable?

—Lo único que creo que ese no es sitio para que pare usted—le recomendó el muchacho—. Aquello es una guarida de truhanes.

La joven adoptó un gesto de plena seriedad y le dijo algo incomodada:

—No quiero que hable usted así de ellos. Todos han sido muy buenos conmigo y han procurado atenderme lo mejor posible. Hasta hay quien ha ido a pedirle explicaciones a Tonnerre.

François se echó a reír y exclamó:

—Pobre hombre. La broma que lo ha gastado lo va a dejar sin voz. Estaba indignadísimo.

—La culpa es de usted, por no haberme dicho desde un principio cómo se llamaba.

—También lo es suya, por no haberme dejado explicarle.

—¿Acaso podía yo prestarle atención, después de lo que suponía?

—¿Y qué es lo que suponía usted?—preguntó riendo.—
¿Que yo era casado.

Madeleine afirmó con la cabeza y François volvió a preguntarle:

—¿Y pensaba también que tenía hijos, verdad?

Nuevamente afirmó con la cabeza ella y el muchacho siguió diciéndole:

—Bien, pero puesto que ya no le queda ninguna duda puede venir a mi casa, hasta que se presente la ocasión de poder trabajar juntos.

Sin embargo, a pesar de todo aquello, aun tenía Madeleine cierto temor y no pudo menos que expresárselo diciéndole:

—¿Y aquella joven que entró cuando estábamos en su casa, quién es?

François se vió cogido por esta pregunta. No supo qué contestar hasta que finalmente comprendió que lo mejor era decir la verdad y respondió:

—Aquella había sido mi amiga, antes de conocerla a usted.

—¿Y ahora?

—Ahora le prometo que todo ha terminado.

Madeleine lo miró dudando de la veracidad de lo que le decía y François que advirtió aquella duda continuó diciéndole:

—¿No me cree?

—Es que parece imposible que dos personas que se quieren puedan separarse tan fácilmente.

—Pero es que yo no la quería, ni ella a mí—le explicó el joven.

Mayor fué todavía la extrañeza de Madeleine que preguntó asombrada:

—¿No se querían? Entonces como es que...

—Muy sencillo, Julieta había sido compatriota mía. Nos conocimos en el mismo teatro y simpatizamos... Luego nos hicimos la ilusión que nos amábamos, pero sin que jamás ninguno de los dos se sintiera verdaderamente enamorado. Por eso no ha sido nada difícil que podamos separarnos.

—¿Me asegura entonces que no nos hará ninguna visita?—preguntó sonriendo la muchacha.

—¡Se lo aseguro!—replicó solemnemente François.

Aquella noche en casa del joven Madeleine y él recordaron alegremente la otra noche en que se habían conocido y la huida de la muchacha, diciéndole François riendo:

—Menudo lío metiste con tu marcha... Has tenido a la policía loca buscando tu cadáver.

—Pues le hubiera sido muy difícil encontrarlo—respondió alegremente ella.

—Yo también estuve muy triste—le dijo François—. Tenía una pena que no podía quitármela de encima al creer que te habías suicidado o que habías sido víctima de algún desalmado.

Madeleine miró amorosamente a François. Aquellas palabras le decían el amor que el joven sentía por ella y sin darse cuenta se fueron acercando hasta que de nuevo sus bocas se besaron cariñosamente.

—Ya no nos separaremos jamás—le dijo él—. Esta vez te retendré a mi lado a costa de todo y por encima de todo el mundo.

—Pero tenemos que pensar en hacer algo—le dijo ella.

—Ya lo tengo yo pensado—le dijo François—. Tú y yo actuaremos como pareja de baile y verás que pronto seremos célebres en París.

—¡O!—exclamó Madeleine—. ¡Ese ha sido mi sueño de toda la vida!

—Pues lo realizarás—respondió François—. Yo te lo prometo.

La muchacha calló unos segundos y al final, acordándose de las palabras del agente le dijo:

—Pero hace falta hacerse propaganda. A mí me dijeron que debería casarme con algún ministro, o matar a alguien... Las dos cosas son imposibles.

Pero el nombre de Madeleine Duchanel había sido ya lanzado a cuatro vientos. La publicidad que tan imponentemente se había hecho a sí misma era algo verdaderamente sorprendente.

Entonces ya no fué necesario que fuera ella a buscar el contrato a la agencia, sino que el mismo agente vino a solicitarla, ofreciéndole un contrato como estrella en uno de los principales music-halls de París.

La joven aceptó el contrato, pero le dijo:

—Tiene usted que aceptar también una condición.

—La que usted quiera—replicó el agente.

—Mi pareja de baile ha de ser el señor Vernueil.

—Convenido—aceptó a su vez el agente.

Con esa intuición propia de todo aquel que está acostumbrado a los negocios teatrales, el agente artístico comprendió que el nombre de Madeline Duchanel daría lugar a un éxito enorme. La prensa se había ocupado tanto de ella que sólo faltaba el último golpe, para que el éxito fuese definitivo.

Sabía de sobras la curiosidad del público por conocer personalmente al protagonista de cualquier suceso sensacional y él mismo se cuidó de que el asunto Tonnerre siguiera manteniéndose en primer plano, con el fin de que el interés se mantuviera vivo.

Empezó en seguida a anunciar el nombre de la muchacha como el de una gran estrella y Madeleine vió por fin su nombre reproducido en grandes letras luminosas en todos los sitios de París.

Un optimismo completo la hacía presentir que triunfaría en su debut y por si acaso esto era poco, se lo confirmaba el ver la prodigalidad con que su agente se gastaba el dinero para hacerle aún mayor reclame.

Pocas artistas aparecían en el firmamento artístico de París con la preponderancia de ella y ni un solo día dejaban los diarios de ocuparse de ella y de su próximo debut.

El agente se había gastado un dineral en trajes para hacer la presentación de la futura estrella y en varias ocasiones, al ver Madeleine todo aquel desroche le preguntaba tímidamente a François.

—¿No crees que este hombre se ha vuelto loco?

—¿Por qué?—le preguntaba su novio.

—Es horroroso el dinero que se está gastando para mi representación—le indicaba ella.

François sonreía dándose cuenta de que su novia no conocía nada de aquel mundo tan artificial y le respondía:

—Todo esto es necesario... Sin todo este preparativo no llegaríamos a nada.

—No puede ser—respondió él—. Los dos somos jóvenes, verás como triunfamos.

Y Madeleine en aquella agitación constante en que la tenía su debut, entre la ilusión de su próximo triunfo y el cariño de François vivía una existencia tal y como ella la había soñado.

Y pocos días después, en el escenario más aristocrático de la ciudad Luz, apareció una nueva estrella que brillaba ya con fuerza propia. Era Madeleine Duchanel, la inocente provincianita que había encontrado en la noche de una gran ciudad la gloria que ambicionaba su alma y el amor que presintió su corazón.

FIN

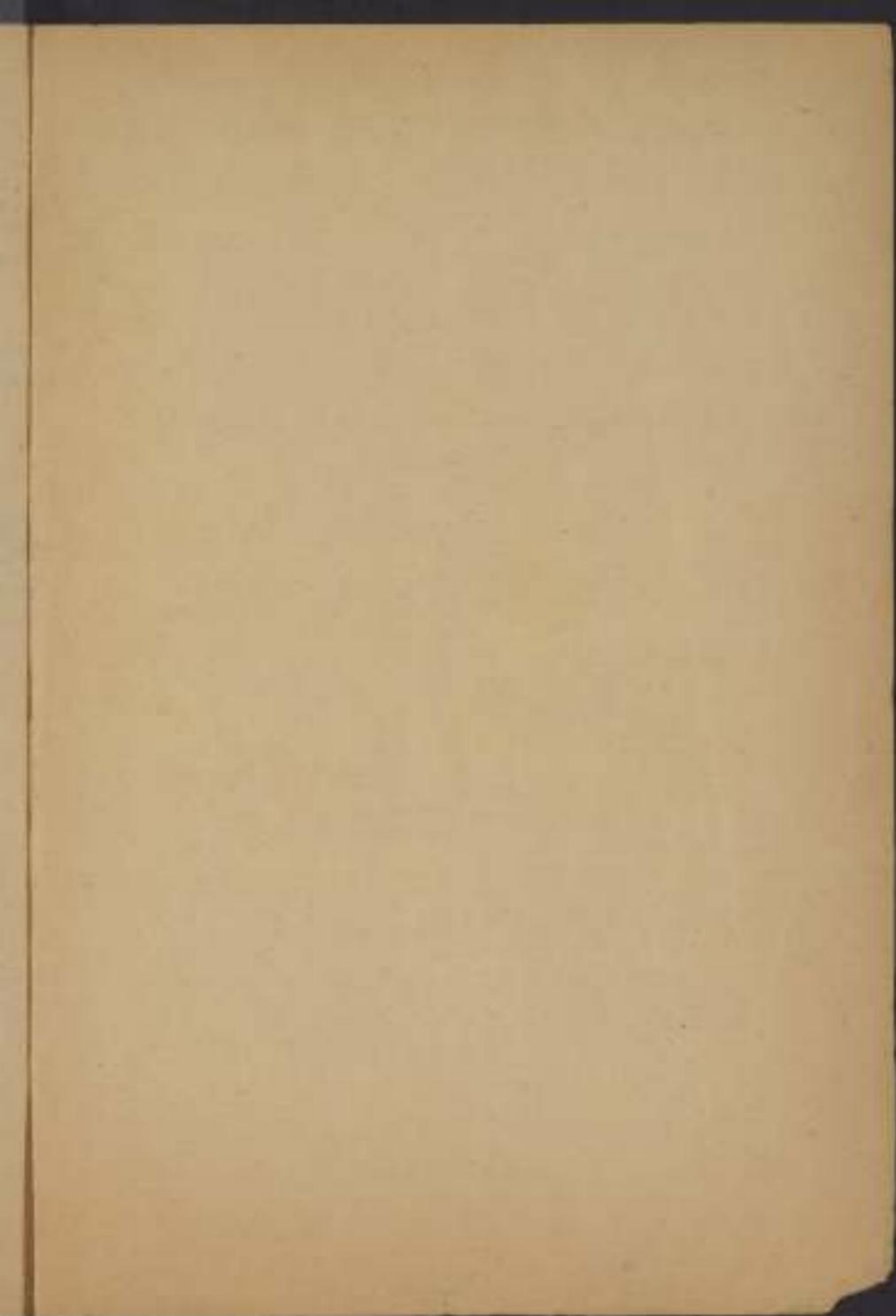
SELECCION FILMS DE AMOR

36 páginas de texto - Ilustraciones en papel
couché - Portada a todo color - 50 céntimos

- AVE DEL PARAÍSO** interpretada por la bella actriz Dolores del Río y J. Mao Crea.
- BOMBAS EN MONTECARLO** por la nueva estrella Katha de Nagy y el apuesto Jean Murat.
- EL PRÍNCIPE DE AREADIA** bellísima ópera, por Willy Forst y la genial Liene Haid.
- LA INSACIABLE** por la fascinante Carole Lombard acompañada por Ricardo Cortez y Paul Lukas.
- EL VENCEDOR** protagonistas: Jean Murat y la bella actriz Katha de Nagy.
- EL TIGRE DEL MAR NEGRO** Obra basada en los comienzos de la Revolución rusa. Creación del célebre Bancroft y Miriam Hopkins.
- TENTACIÓN** Novela sugestiva por Constance Bennett y Joel Mao Crea.
- ESTUPEFACIENTES** Novela de intriga, creación de Peter Lorre y Jean Murat.
- EL HECHIZO DE HUNGRÍA** Creación de la bellísima artista Gita Alper y el simpático actor Gustav Frohlich.
- EL MALVADO ZAROFF** Novela del más alto interés, por Joel Mc. Crea y Fay Wray.
- EL GRAN DOMADOR** interpretada por Anita Page.
- LA MUJER DESNUDA** Obra de fama mundial, Florelle.
- NOCHE DE GRAN CIUDAD** Novela frívola y divertida. Roger Treville y Jacqueline Francell.

PEDIDOS A

Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona
Remita el importe en sellos de correo y cinco céntimos para el certificado. Frenqueo gratis.



BIBLIOTECA UTIL

YA ESTA LA VENTA:

Arte de embellecer

por la doctora

Inés Cotors (Fanny)

del

Instituto de Belleza de París

UNA peseta tomo

MASAJE - HIGIENE
BAÑOS - DEPIILACIÓN
MANICURA - AFEITES
TINTES

Señorita!!

¿Quiere usted perfeccionarse en la difícil tarea de

El arte culinario

No deje de pedir este tratado antes de que se agote.

Contiene más de **200 fórmulas**
de platos suculentos y escogidos

PONCHES-COCTELES
POSTRES - HELADOS
etc. etc.

precio popular
UNA peseta

recopilación de

Dionisio Fernández Vidales

"chef" del Majestic Hotel

PRECIOS A

Editorial "A L A S"

Venda al Imprenta en sellos de correo. Enviando Euro centimos para el certificado de Franco gratis.

PRECIOS ACTUALES

Apartado 707 - Barcelona